

MOISÉS GONZÁLEZ GARCÍA y RAFAEL HERRERA GUILLÉN (coords.), *Maquiavelo en España y Latinoamérica (Del siglo XVI al XXI)*, Tecnos (2014), 328 pp.

*Oscar Torres Pazos*

Sin duda Nicolás Maquiavelo representa para la historia del pensamiento político un referente ineludible. A pesar de no ser un filósofo, sino un hombre de corte, la doctrina contenida en sus escritos *El Príncipe* y sobre todo los *Discursos* lo sitúan como el que anuncia el Estado moderno. En concreto, rompe con la tradición precedente en relación al paradigma del buen gobernante, con la subordinación de la política a la ética y con el federalismo orgánico propio del medioevo, ya en decadencia en su época, en el que el príncipe tenía que compartir con la nobleza y la Iglesia la tutela de la sociedad. Los criterios para un nuevo orden de cosas según Maquiavelo pasan por cambiar esta cosmovisión si se quiere lograr el ideal del *vivere libero* tomando como modelo la Roma republicana. En la obra que comentamos los temas principales se mueven desde la naturaleza del poder y su legitimidad, hasta los medios que deben emplearse (guerra y violencia desde el poder para perpetuarse en él) y sobre todo la razón de Estado como justificadora del Príncipe en todo momento. Nos encontramos ante una monografía que manifiesta un esfuerzo por traer a colación el pensamiento de Maquiavelo en su esencia y contexto-no en las malinterpretaciones de sus detractores- para colocarlo ante nuestros días, pasando por el tamiz hispánico que lo recepcionó tempranamente desde las inquietudes políticas del Renacimiento.

La conveniencia de la lectura que proponemos viene dada en nuestra modesta opinión por varias razones. Primero, porque entre el lector medio universitario existe un gran desconocimiento de nuestra propia tradición en materia de pensamiento político. La figura de Maquiavelo ha pasado a la historia como un vocablo peyorativo y pudiera parecer que reivindicarla como una influencia decisiva en los territorios hispánicos de antaño o en los actuales es cosa más bien vergonzosa. Sin embargo, la intención de este libro se revela la contraria: mostrar que esa influencia fue importante para los monarcas, para los hombres de letras en general como Juan Luis Vives y Quevedo-los primeros a favor, los segundos en contra- e incluso el desarrollo de una filosofía política de raigambre escolástica como la de Vitoria y Suárez notó esa influencia del florentino, al hacer todo un esfuerzo conceptual (de justificación de las condiciones para una guerra justa, de la misión evangelizadora y civilizadora, de la conquista, etc), en paralelo a la

razón de Estado maquiaveliana, por otra parte abiertamente reconocida como anticristiana. Este doble juego, el de abrazar los conceptos sin citar su origen, y por otro lado negar la doctrina de Maquiavelo recorrerá la literatura española desde el siglo XVI hasta el XIX. Segundo, por el periodo tan largo que abarca en sus más de trescientas páginas: del siglo XVI al XXI. A pesar de su pronta difusión en España, el incluir la obra en la lista de libros prohibidos de la Inquisición Española condicionó mucho su conocimiento. Para contrarrestar sus doctrinas sobre El Príncipe los humanistas cristianos como Erasmo, Vives y Saavedra Fajardo, autores destacados dentro de muchos más por el estilo, escriben por la misma época sus tratados del Príncipe cristiano, donde exponen las virtudes que ha de tener el buen gobernante. Todo ello contrastaba con el realismo político de Maquiavelo, quien acusaba precisamente a los humanistas de enseñar lo contrario de lo que un buen gobernante debe hacer, pues si no atiende a la realidad, el país será un desastre. Quevedo y Gracián pondrán el grito en el cielo por tal satanización de la política. La razón de Estado había sustituido ya entonces a la fe y buenas costumbres como pilares de un buen gobierno, aunque externamente se mantenían, objeto de las más profundas críticas en el XVII. Y en tercer lugar porque esclarece algo una cuestión que hoy aparece como uno de los factores básicos causantes del atraso de España en el siglo XIX y su ir siempre a remolque de las potencias europeas en el XX y XXI: el rechazo de la Ilustración y la pérdida del siglo XVIII, en idea de Ortega. En efecto, los liberales que hicieron la primera constitución se vieron en la obligación de asumir una vía práctica al estilo inglés en cuanto a religión se refiere; los principios liberales no podían ser introducidos en un país donde aún no había base para que se asentaran. Su labor fue en un primer estadio, para más tarde avanzar y crecer en número e influencia en el país. País en el que la mayor parte de la población profesaba ideas antiliberales y católicas. De ahí la conveniencia de ir poco a poco en la promoción e introducción de los principios de la revolución francesa, que eran identificados intuitivamente por el pueblo como invasores y crueles.

Por último, los desafíos de la América de habla hispana actual se nos presentan acuciantes como víctima de una política imperialista -y por tanto, en la perspectiva que venimos exponiendo, «anti»-maquiavélica-, como el patio trasero de los EEUU, a pesar de la independencia lograda de la metrópoli y de ser repúblicas liberales en su mayoría. El descubrimiento y la aplicación de una política soberanista y republicana (en el sentido de ciudadana) serán claves para recuperar la dignidad de un continente siempre maltratado.

En definitiva, recuperar el pensamiento de Maquiavelo es mucho más que rememorar su figura o estudiar las circunstancias de su tiempo. Es traerlo al presente para interrogarlo y tratar así de esclarecer nuestro propio tiempo, nuestros principios y nuestra organización socio-política.